

# Editorial

## La Mancha, pero menos

**A**LGUN espíritu volteriano ideó aquello de que existían dos formas de mentir: una era no diciendo la verdad; y la otra más moderna, exhibiendo una estadística. En cualquier caso, con todas las reticencias que haya lugar, lo cierto es que las estadísticas circulan con marbete de credibilidad y señalan rumbos de actuación a la clase dirigente y aún más allá. Las estadísticas, concebidas en sus orígenes para sondeo de la realidad han llegado a convertirse en instrumentos para transformar esa misma realidad, o al menos eso se pretende.

En los últimos días, el tema autonómico ha sido objeto de intensa atención por las estadísticas. Sofemasa, Foessa y otros han arrojado nuevos datos sobre el proceso autonómico. De este modo, nos llega el dato de que la población española comprendida entre los dieciocho y los sesenta y cuatro años que vive en núcleos de población de más de 5.000 habitantes, opina, en un 72% que la economía de su región va a mejorar con la aplicación del sistema autonómico, y un 66% cree que asimismo van a mejorar las condiciones de administración de los recursos. Por contra, un 4% estima que la economía experimentará un cambio desfavorable con la aplicación del nuevo sistema autonómico.

Con independencia del grado de fiabilidad que cada cual esté dispuesto a conceder a los sondeos estadísticos, es innegable una cierta base de aproximación a la realidad investigada. Y, en este sentido, cabe confiar, si no en las décimas numéricas y en los pequeños matices, sí al menos en los grandes rasgos del sondeo. Y quizá el más espectacular de ellos, el rasgo más abultado de la cifras a nivel nacional, es el dato que registra nuestra región castellano-manchega, donde, según Sofemasa, se da el índice de mayor pesimismo autonómico de entre todas las regiones españolas.

Mientras que en el País Vasco, Cataluña y Canarias, el proceso de las autonomías se presenta con mayor índice de expectativas favorables, Castilla-La Mancha ve, en cambio, con el máximo recelo, la aparición del nuevo diseño autonómico. Incluso Castilla-León, que de alguna manera podría servirnos de referencia comparativa, se sitúa muy por encima nuestro en cuanto a entusiasmo regional.

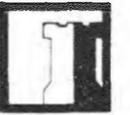
Confiemos en pensar que no hay realidad tan maleable como la sociológica y que los puntos estadísticos se ganan y pierden con enorme facilidad a expensas sólo de una acertada o deficiente labor política. Por esto mismo, no podemos culpar al pueblo castellano-manchego de tener un tan escaso apego a los nuevos vientos regionalistas, dada la actuación de quienes han guiado su preautonomía. Y esperamos, además, que este escaso fervor remita paulatinamente en virtud de los cambios operados recientemente en el seno de la Junta de Comunidades que han supuesto el relevo de alguno y la incorporación de otros nuevos consejeros.

Septiembre será un mes clave para imprimir el necesario acelerón a la mortecina preautonomía. Los datos estadísticos, dentro de su relativismo, no deben hacer cuestionarnos el qu e pasando para ocupar el último lugar en el "ranking" autonómico cuando, precisamente, nuestra región debiera ser una de las que con más interés acogiera el cambio, ya que nada debe a lo que fué, y tiene, sin embargo, una posibilidad de emprender nuevos caminos por delante.

UCD ya no está sola en el gobierno regional. La incorporación del partido de la oposición a funciones de gobierno hace surgir algunas nuevas expectativas. Un pueblo sin esperanza, desmoralizado, les mira para juzgarles.

Este periódico mantiene una línea independiente. En función de ello la dirección respeta en todo momento la diversa opinión de sus colaboradores, no solidarizándose, necesariamente, con los conceptos y opiniones expresados en artículos que no sean estrictamente editoriales.

## 5 provincias en busca de Región.



## La búsqueda de la identidad perdida

por Juan BENEYTO

**P**IENSO que la confusión sembrada al plantearse la preautonomía castellana es resultado del olvido de un trascendental hecho histórico: Castilla ha desparado su identidad. Las peculiaridades castellanas fueron llevadas a otros territorios por sus propias gentes, conquistadoras, misioneras o sencillamente migratorias. Mientras Castilla iba despoblándose, España entera se castellanizó... De ahí la primera dificultad para vivificar su propia identidad. De una parte, lo que se extiende se diluye. Por otra, el hombre castellano actual se considera esencialmente español hasta el punto de que su referencia de oriundez no es regional sino local. Con tal desmesurada proyección Castilla ha extendido, esparcido y hasta derrochado sus esencias. Y a ello se debe que fuera de ella sólo puedan marcarse como perímetros exentos de influencia muy específicas y muy concretas zonas.

La España puerperal que nació sobre tres núcleos acaba afirmándose tan sólo en el castellano. La reconquista de la tierra española frente al Islam termina pronto para el núcleo mediterráneo. Jaime I entrega Murcia a Castilla y los súbditos de este rey y de sus sucesores ya no piensan en otros enemigos que en los del norte de Africa. El único pueblo que sigue la lucha sobre el haz de la península es el que ocupa el centro de ella, y continúa peleando trescientos años más. De ahí que sea inexplicable su talante combatiente y beligerante. Sus mujeres serán, en frase de Elías de Tejada, espléndidas máquinas paridoras de guerreros. Y a fuerza de guerrear y de imponer sus ideas, sus varones aca-

barán haciéndose hombres altos, que se expresan con la brusquedad del hidalgo que se sabe superior. Por eso en la política Castilla negará autonomías inflexiblemente a los pueblos atados a su yugo, prefiriendo perderlos a ceder un ápice...

No nos extrañemos, pues, que, desparramada en una larga aventura misional y anexionista, haya desvirtuado de tal forma su identidad, que hoy ni siquiera pueda hablarse unitariamente de ella. No se la ve Vieja ni Nueva, norteña o sureña, sino próxima a León o ligada a la Mancha. Tales son las dos Castillas que suenan en un área antes indiscutida como suya unitariamente, y aún saltan algunas piezas del mosaico provincial, como Logroño o Santander, ambas rebeldes al centro de Burgos, y ambas buscando identidad en los nombres de la Rioja y la Cantabria. Y es que, en el fondo, no son dos, sino bastantes más las Castillas surgidas del núcleo primitivo: Extremadura, cuna de los calificados conquistadores de las Castillas colombianas y cortesianas. Y también las Canarias son sin duda Castilla. Y Andalucía entera se estima castellana, aunque ya en ella existan ciertas variantes sobre las huellas de Bizancio y del Andalus. En este proceso de castellanización de España y de deterioro de la peculiaridades identificadoras de Castilla como región (en prueba de esto último, el hecho de que ni Castilla ni León ni Extremadura tengan antecedentes en la tramitación de peticiones autonómicas anteriores al actual replanteo), es expresivo el aludido proceso de derramamiento sobre el haz peninsular. El profesor Martínez Díez se

preocupa, y hace preocupar a sus seguidores, ante el tema de la despoblación. Pero la despoblación de la Castilla originaria constituye precisamente la grandeza de su presencia en la historia. Dice mi colega que Castilla fue poderosa en el siglo XVI porque lo era demográficamente. Sin embargo, muy cerca de esa fecha, ya se refirió a tal despoblación la Gran Consulta que hizo el Consejo de Magestad de Felipe III. Uno de los que respondieron con sus dictámenes fue don Pedro Fernández Navarrete, canónigo compostelano y consejero del rey. Las causas que señalaba entonces concuerdan con las observaciones que ahora hacemos: Castilla se quedaba desierta.

Se queda desierta Castilla —dice Navarrete— porque son muchos los que se alistaban a los tercios y los que entran en las congregaciones religiosas, y porque son multitud los vagabundos y multitud también los que acuden a la Corte... Se trata, pues, de un mal envejecido, derivado de querer servir al propio talante misionero y beligerante. Castilla es una tierra de monjes y soldados que quiere hacer a las demás como es ella misma, tierras de conquistadores y misioneros. La situación se agrava en el siglo XVIII porque su pérdida de población contrasta con el crecimiento de la áreas impulsadas por el aire nuevo de la industrialización.

Juan Beneyto, doctor en Derecho por la Universidad de Bolonia y en Ciencias Políticas y Económicas por la de Madrid.

De "El poder regional en España."

## LA FOTO Y SU COMENTARIO

### La Feria está servida

**C**OMO un paraíso terrenal a cinco duros la vuelta, los ángeles feriantes de la Vega han engido un año más sus mágicas estructuras de hierro, plástico y cartón para el juego y la emoción de los pequeños. Los clásicos caballitos, la ola, el tren de la bruja y todo lo demás reaparecen por ensalmo del calendario para llenarlo todo de un estruendo de tómbolas y sirenas que es la mismísima música de la ilicitud para los chavales. Es la Feria. Para los no tan niños, en la difícil frontera de la noria y el primer novio-novia, el jolgorio marca la eclosión final, verbena y relumbrante de unas vacaciones "cortisimas", y señala el comienzo de un septiembre incógnito y azaroso.

Y, para el resto, la Feria siempre trae un poco de nostalgia de otras ferias vividas tiempo atrás, cuando la Vega se convertía en ese paraíso terrenal de los juguetes, el circo y los globos de azúcar.

Cultivar la ilusión de la Feria, hallarle gusto al ruido, al vértigo de la noria y al olor de las fritangas churreras y morunas, es la secreta obligación de los toledanos aunque el cuerpo les llegara a esa edad en que sólo les pide tele y sofá de orejas.

La Feria, un año más, y también -ay- un año menos.

